

LUIS MARTÍN SANTOS, UN MEMENTO

Por Juan Benet

Durante su estancia en Madrid a lo largo de seis o siete años, Luis Martín-Santos residió en una pensión de la calle del Barquillo, n.º 22, esquina a la calle Prim, un inmueble contiguo al teatro Infanta Isabel que, dedicado en aquellos años a las comedias de Adolfo Torrado, Leandro Navarro y, posteriormente, Alfonso Paso, no honramos nunca con nuestra presencia. La pensión ocupaba el cuarto piso izquierda y la habitación de Luis, al extremo del pasillo, con un balcón sobre la calle de Prim, no podía ser más habitual: un armario de luna, una mesa con una máquina de escribir, una amplia cama de testers metálicos y cromados, cubierta con una colcha roja de raso —que asomará en *Tiempo de silencio*— que despedía un cierto olorillo y que era escrupulosamente retirada y doblada por su usuario cuando por necesidades de espacio la cama era ocupada por sus invitados para hacer más comfortable la catoblepa. Por aquel entonces llamábanse catoblepas —una denominación introducida por Pepín Bello, creo recordar— las reuniones de carácter privado convocadas sin finalidad alguna y catoblepóridos a aquellos sujetos que, no aportando ningún recurso para el mantenimiento de la catoblepa, eran los que más se resistían a clausurarla y los últimos que abandonaban el local donde se celebraba.

En el mismo número de la calle del Barquillo se hallaban las oficinas de las Termas Pallarés, S. A. y no sé qué local social del Club Atlético de Madrid cuyos socios invadían la escalera y con su entusiasmo inutilizaban la noche del domingo para el correcto uso de la catoblepa en las —afortunadamente escasas— jornadas en que su equipo conocía la victoria. A mayor abundamiento en la esquina de Barquillo y Prim se hallaba el café-bar-cervecería Estay, un local estrecho y ruidoso donde se acostumbraba a iniciar la ronda de noche cuando ésta seguía a una frugal cena —sopa de fideos, pescadilla a la madrileña y naranja— en la pensión de Luis; o terminaba allí en las pocas ocasiones en que el personal se retiraba a una hora en que el local aún permanecía abierto.

Como digo, durante sus años madrileños nunca vivió Luis en otro domicilio. Los dueños de la pensión —que, transfigurada, asomará en *Tiempo de silencio*— eran parientes de su familia y trataban a los Martín-Santos —Luis y Leandro, también médico— con un régimen especial, de carácter esta-

ble. No sé exactamente en qué fecha llegó Luis a Madrid pero sin duda fue un comienzo de otoño, no antes de 1946. En Salamanca —de donde era oriundo su padre— había obtenido la Licenciatura en Medicina y durante un año, como a él le gustaba recordar con orgullo, fue el médico más joven de España. Hasta entonces había cubierto a la perfección el expediente del joven brillante: eterno primero de la clase del bachillerato en los Marianistas de Aldapeta, saturado de sobresalientes y matrículas, y adornado con el título de abanderado de la Congregación, exponente bastante expresivo de su ortodoxia adolescente; una carrera en Salamanca igualmente arrolladora y el título en su clase más joven de España. Y por si fuera poco, una obediencia a los cánones paternos fuera de toda duda. Pues Luis —además de primero en la clase— fue de aquellos jóvenes que a los doce o trece años sabía que sería médico y no tanto por imposición paterna —su padre era médico, director del Hospital Militar de San Sebastián, que había organizado la asistencia sanitaria del ejército de Franco durante la batalla del Ebro— sino por haber vivido en un clima de orden hereditario donde no era necesario exponer tales directrices para que fueran comprendidas, admitidas y asumidas por aquéllos a quienes iban dirigidas. Su hermano Leandro, un par de años menor, y que residía en la misma pensión, también se hizo médico y, probablemente, el más joven de España por segunda vez en la familia.

A Madrid vino a hacer el doctorado y practicar la cirugía, como estaba mandado, para lo cual ganó plaza de interno en el Hospital General de San Carlos allá por 1947. Sospecho que fue en el curso de aquellas sórdidas prácticas donde aquella perfecta composición descarriló por primera vez, y aunque a sí mismo se negara el percance y con sus propios medios acertara a colocarse de nuevo en vía, el aviso era lo bastante alarmante para una mente tan despierta y decidida a llegar a su punto de destino sin un fallo, sin una sola avería. Estaba tan precozmente acostumbrado a conseguir lo que se proponía, estaba tan firme y severamente convencido de la capacidad de sus recursos, que sólo podía atribuir a un fallo no imputable a sí mismo el retraso o el error en la consecución de sus objetivos. En aquella cama de operaciones de San Carlos debió comprender que el fallo estaba en la obediencia ciega a la tradición familiar; y aún más; reconoció que su destino como cirujano no había sido nunca pensado por él y que en adelante —para que la operación se realizara

sin un fallo— su destino sería fruto exclusivo de su pensamiento. Pero en su manera de ser y conducirse no entraba *l'homme revolté* —que tan de moda había puesto Camus— y la rebelión adoptaría todas las formas de respeto y consideración hacia los valores de la tradición encarnados por su padre a quien, único caso de nuestra generación que yo conozca, siempre trató de usted.

Recuerdo muy bien dónde y cuándo le conocí, una tarde de sábado del otoño de 1948. Alberto Machimbarrena me había introducido en una tertulia —casi toda ella formada por médicos vascos que practicaban en Madrid— que tenía lugar en el bar Gaviria, en la calle de Víctor Hugo, los sábados por la tarde. Los no médicos más habituales éramos Alberto, Pío Caro, Luis Peña Ganchegui y yo y a aquella tertulia acudí, arrastrado por Alberto que había coincidido con él en Aldapeta, el joven doctor Martín-Santos, un desconocido para el resto de sus colegas que en un principio le recibieron con ciertas reservas a causa —mayormente— de su hablar un tanto enfático y sus maneras un tanto perfiladas. Pero al final de la tertulia, un sábado de noviembre, me acompañó por Alcalá y el paseo del Prado hasta mi casa para en aquel breve trayecto confiarnos nuestras respectivas situaciones y hacer gala de nuestros más ostensibles gustos y aficiones.

Luis no tenía familiares en Madrid ni amistades muy íntimas a las que confiar sus cogitaciones y, por si fuera poco, estaba en crisis aunque tuviera a buen cuidado de disimularlo. Acababa de romper con una novia de trámite —de la que ni siquiera guardaba mal recuerdo— y con una de las primeras falsedades que me largó, en ese premonitorio preámbulo de una intensa amistad cuando se hacen las mayores confianzas, con el espíritu de una oferta tentadora para realizar una inversión de considerable importancia, me vino a decir que a causa de su trato profesional y casi diario con el cuerpo femenino, éste había dejado de ocupar un espacio en el ámbito de los misterios que preocupaban a su espíritu. Tenía entonces veinticuatro años y yo veintiuno y aquella rotunda afirmación me retrotrajo a los años del colegio, a la sensación de abismo que una diferencia de edad y una experiencia erótica pueden crear en el ánimo de un adolescente que empero en otros ámbitos se siente identificado —y aun superior a él— con su camarada más veterano. Andando el tiempo me sería dado comprobar —para mi confortación— que por más que abundara y conociera sus formas más variadas, el cuerpo femenino constituiría para Luis una fuente de constantes sorpresas e inquietudes, tal vez el único elemento al mismo tiempo indispensable e indisciplinado para de consumo con él alcanzar aquel no misterioso objetivo que se había propuesto. Muy pocas semanas después de aquel encuentro en Gaviria yo lo había introducido en casa y mi madre —tal vez habituada a tener dos hijos, uno de los cuales se le había ido a Francia un par de años antes— lo adoptó, encantada de que yo tuviera un amigo donostiarra. Yo ya tenía un amigo donostiarra —Alberto Machimbarrena, el amigo más donostiarra que se pudiera tener durante muchos años— pero para una madre vasca un solo amigo donostiarra no basta y además Alberto era inadaptable. Desde que se trasladara a Madrid para estudiar la carrera, Alberto había dejado de ce-

nar, porque la hora de la cena le sorprendía todos los días tomando tintos en las barras del «piélagos» —así llamábamos al barrio húmedo a la espalda de la Carrera de San Jerónimo, entre Victoria y Echegaray—, y a mi madre le alteraba un tanto que Alberto llegase tarde a la cena, con el portal cerrado, y que luego se limitase a una rebanada de queso con mostaza Louit, una combinación impropia por muy donostiarra que fuera. Aspiraba mi madre a hablar con Luis de cosas de San Sebastián; de cosas diferentes a las ya tratadas con Alberto Machimbarrena con quien creo que hasta nos unían lejanos vínculos de parentesco o afinidades que se remontaban a los bisabuelos; pero a Luis le importaban una higa las cosas de San Sebastián y no creo que acertara a responder con firmeza al inevitable interrogatorio sobre las chicas de San Sebastián. Luis venía a casa a hablar de Thomas Mann et aliter y San Sebastián le caía a trasmano. Se veía que le costaba esfuerzo y sólo con grandes dificultades respondía con unas pocas voces de respeto —«Garibay», «Eguía», «Polloe», «Nerecán»— por cortesía hacia mi madre y con la misma técnica de la cuña publicitaria introducida en la disquisición acerca del debate sobre Naphta y Settembrini que en mi casa ya había sido tratado años atrás y que al sentir de mi madre había perdido actualidad en contraste con los eternos arcanos de la Bella Easo, una denominación que para bien de todos ha caído en el más negro olvido. Pero, lo que son las cosas, a pesar de no haber logrado sostener con Luis una conversación consistente sobre asuntos donostiarras, mi madre le cobró enseguida tan gran afecto que si dejaba transcurrir una semana sin aparecer por casa me preguntaba con tono de reproche y con esa distraída y exagerada prosopopeya cronológica: «¿Qué es de Luis? Hace tiempo que no viene por aquí» con el ostensible propósito de que le trajera a cenar en la primer ocasión y aun a costa de tener que soportar un nuevo análisis del debate Naphta-Settembrini.

A los diecisiete años era creyente —había recibido la bandera de la Congregación de manos de su antecesor, con un solemne juramento por el que se obligaba a honrarla y defenderla de por vida— y a los dieciocho era ateo de convicción, de los que no se guardan de tenerlo a gala. Era hombre de cambios bruscos y decisivos pero que nunca asomarían al exterior; atildado, vestido siempre de manera muy formal, por lo general con traje cruzado de líneas un poco rígidas, su cabellera sólo se alborotaba en las altas horas de una noche de juerga, cuando podía embarcarse en los mayores excesos del alcohol. Entonces se bebía coñac barato, como licor de fuerza, y en una ocasión —en una noche de guardia en San Carlos— se bebió a morro y sin respirar media botella de Fundador y cayó desplomado por el suelo.

Yo no sé hasta qué punto sus años universitarios en Salamanca alteraron al prometedor congregante que llegó de San Sebastián para hacer una carrera fulgurante. Que yo recuerde no dejó allí muchos amigos y de Salamanca guardaba una visión meramente monumental. Quiero suponer que allí perdió la fe y obediencia a los cánones culturales que le habían inculcado en el colegio. Lo segundo en buena medida sería más decisivo que lo primero, pues no siendo hombre de actitudes contemplativas y sí de estudios, el ahorro de aquéllas

y un cambio en la dirección de éstos no le reportaría más que beneficios en forma de nuevos horizontes. El joven ortodoxo y un tanto engatillado que apareció en Gaviria no tardaría en adoptar para sí —guardando siempre las formas— el modelo más opuesto a todo lo que hasta entonces había obedecido; tal vez la palabra no es adecuada porque remite a una figura un tanto antigua y ya inexistente pero solamente para caracterizar su evolución me atrevo a decir que de la noche a la mañana pasó Luis de ser un estudiante católico modelo a ser un médico librepensador; y que todo lo que le habían enseñado durante una década a aborrecer vino a constituir el pasto de su avidez intelectual; y que abandonó las filas de la tradición ortodoxa para formar parte de la heterodoxa, con el desparpajo de un profesional que al cambiar de estandarte

o camiseta ni lo piensa dos veces ni abriga la menor reserva moral a la hora de combatir a sus antiguos colores.

Cuando le conocí era un joven culto, inusitada y hasta insoportablemente culto, dueño de una educación y de un saber que a mí no me interesaban nada. Aparte de su formación profesional —que sólo entraba en nuestras conversaciones al filo de anécdotas y detalles complementarios—, lo más acusado de su personalidad intelectual consistía en una deriva hacia el paganismo clásico en contraposición con la tradición cristiana en que había sido educado. Por decirlo así, su réplica era hacia atrás; en modo alguno —a pesar de haber leído intensamente a Nietzsche— hacia los insurgentes valores de una era que veía cómo algunos de sus fundamentos se venían abajo más como consecuencia de unas interrogantes que de



unas respuestas categóricas que vinieran a sustituir, por el principio de la negación, a las afirmaciones recientemente declaradas insolventes. Estoy por decir que ahora, casi cuarenta años después, ocurre algo parecido; la escuela tiene cada día menos adeptos y nadie se suma, así como así, a un cuerpo de doctrina y a un sumario cerrado de cláusulas categóricas que el pensamiento puede echar abajo desde más de un punto de vista. La heterodoxia es profiláctica y poco a poco los dogmas se van encerrando en los lazaretos. Por así decirlo, Luis estaba entrando en una época interrogativa de la que pronto saldría, armado con numerosas respuestas, porque su manera de ser le prohibía permanecer durante mucho tiempo en un terreno resbaladizo. Como digo, era un joven culto, dueño de una cultura humanística que a poca gente interesaba; había leído a los clásicos, incluso a Goethe, y cuando quería hacerse el gracioso hablaba de la «aurora de rosados dedos» o «los bostezos de la montaña» con los que no obtenía sino miradas de refilón; no había tenido maestros y —a diferencia de mí, por ejemplo— no gozando de nadie que le dijera lo que tenía que leer se había dejado llevar por los manuales, los compendios o las recomendaciones de los profesores, contraviniendo las cuales llegó hasta la generación del 98 y Ortega. Bien es verdad que por aquellos tiempos, en materia de literatura castellana, todos nos habíamos quedado en la generación del 98 y Ortega y sólo algún remilgado confesaba su advocación al modernismo y los ensortijados autores de «La novela de bolsillo», conservados en las trastiendas de las librerías de viejo. Pero su mayor fallo residía en su absoluto desconocimiento de la literatura del siglo XX de la que sólo conocía de oídas nombres. Había leído *La montaña mágica*, *Los monederos falsos* y toda la obra de Jakob Wassermann, un escritor judío alemán, un malacostráceo que servían las editoriales argentinas obedientes al indiscutible propósito de no considerar literatura otra cosa que las novelas de médicos alemanes que pasaban unas vacaciones en Italia y volvían a su tierra con el mal del mediodía. También Mann —me parece— estaba sujeto a un prejuicio parecido. Pero Luis no sabía nada de James, de Conrad, de Proust, de Kafka, de Faulkner, de Joyce o de Céline cuyos títulos uno a uno fueron retirados de mis estanterías para beneficio de los futuros lectores de *Tiempo de silencio*.

Cuando se inicia una intensa amistad los servicios son recíprocos. Al poco tiempo de nuestro encuentro me indujo a acompañarle a la tertulia de «Gambrinus» que tenía lugar en el restaurant del mismo nombre, en la calle de Zorrilla, los sábados por la tarde. Aquella tertulia la habían iniciado años atrás unos estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras y en el año 1949 había evolucionado hacia la lectura semanal de un texto por lo que algunos de sus fundadores la habían abandonado o no asistían a ella con regularidad. No sé quién introdujo a Luis en «Gambrinus» pero creo que algo tuvo que ver en ello Eva Forest que, si la memoria no me falla, también hacía prácticas en el Hospital General. En 1949 el núcleo de la tertulia lo componían, además de Luis, Francisco Pérez Navarro, Francisco Soler, Luis Quintanilla, Víctor Sánchez de Zavala, Pepín Vidal, Alfonso Sastre, Emilio Lledó y tantos otros, incluyendo un poeta rubicundo cuyo nombre

he olvidado. Creo que el «curso» anterior se había dedicado a *La náusea* y otros fenómenos y en éste se habían propuesto la lectura cada sábado de un fragmento de *L'être et le néant*, con traducción oral directa del francés a cargo de uno de ellos que, por orden rotatorio, debían preparar su disertación durante toda la semana. Si se piensa que el libro todavía hacía furor en Francia, cuatro años después de su descubrimiento tras la Liberación, que las fronteras habían estado cerradas y vedada toda información cultural de carácter nocivo, se reconocerá que aquellos jóvenes filósofos madrileños hacían más de lo que estaba en su mano para estar al tanto del pensamiento europeo. Así pues, la amistad con aquellos hombres y con Luis estuvo aquel año dominada por la jerga sartriana y en los húmedos mostradores del piélagos salían a relucir «la



James Joyce

mala conciencia», «el ser del otro», «el ser del percipi», «el cogito prerreflexivo», «la epojé fenomenológica» y tantas otras preparaciones del espíritu imprescindibles para paladear un vaso de vino. Tiempo atrás yo me había visto sometido a un tratamiento de choque sartriano —más literario y político que metafísico, todo hay que decirlo— por parte de mi hermano, residente en París e impenitente lector de *Les Temps Modernes* y al que por una vez no secundé en sus gustos. Ni me atraía el texto ni me interesaba mucho la doctrina, un tanto atrapado, en materia de especulación filosófica, en las redes del neopositivismo y del círculo de Viena y si asistí con cierta asiduidad a las tertulias de «Gambrinus» fue por acompañar a Luis y gozar de la prolongación vespertina preparatoria de la noche del sábado. Al concluir la reunión, a eso de las siete de la tarde, algunos de los contertulios acudían a otros ámbitos para hablar de otras cosas y ver a otras gentes y de esa suerte Luis y yo, por lo general de la mano de Francisco Pérez Navarro, entramos en contacto furtivo con otros individuos que no hablaban exclusivamente de literatura: Ferlosio, Aldecoa, Martín Gaité, Ruibal, Lara. . .

Pero lo importante era la noche del sábado. No creo que la noche del viernes de hoy sea comparable a la noche del sábado de entonces aunque sólo sea porque la semana inglesa

ha duplicado, cuando menos, el número de días para hacer excesos. Entonces sólo había uno a la semana y había que aprovecharlo en su totalidad y para todo: para el alcohol, para las conversaciones literarias, para el sexo, para los amigos, para bailar, para visitar lugares poco recomendables, en fin, para gastar la asignación semanal y llenar el domingo con un descanso bien ganado. Cuando tal asignación daba para ellos nos tomábamos unas chuletas de cordero en «Casa Pedro», «La Tienda de Vinos», «Hylogui», las únicas casas de comida —ni siquiera restaurants— de cierta decencia que estaban al alcance de nuestros bolsillos; incluso en alguna ocasión —y más que nada por no disolvernarnos— llegamos a cenar en «El figón de Santiago», un comedor social donde se servía rancho en platos de aluminio y los cubiertos —tan sólo repasados por la servilleta del mozo a cada nuevo asiento— se hallaban unidos por una cadenilla a una argolla fija a la cara inferior de la mesa corrida; todo un salón cuyo propietario no había introducido el menor cambio desde los tiempos de *La busca*.

En aquel tiempo en que tanto nos gustaba acuñar neologismos la defeción de uno cualquiera en aquella particular noche se podía justificar con la palabra «cansábado», voz que calificaba el estado de agotamiento en que podía encontrarse un sujeto exhausto, incapaz de soportar la prueba de la noche del sábado. Francisco Pérez Navarro —una de cuyas aficiones era despojar a Neptuno de su tridente— decía «me metro» por «me meto en el metro» —un verbo de nuevo cuño verdaderamente racional— y todo ello unido al abuso de los términos doctos adquiridos con las lecturas más recientes, daría lugar a una jerga que asoma en varias páginas de *Tiempo de silencio* y que a más de uno pondría en estado de animadversión. En cierta ocasión yo comenté cómo la traducción fonética de *surréalisme* por *surrealismo* era mucho más acertada que la canónica de *sobrerrealismo* que, en definitiva, no había calado en el lenguaje y calificaba a quien la empleara como incompetente en materias surrealistas y cómo ese término —por su acercamiento al sub— parecía señalar más a lo que está por debajo de la realidad que a lo que se halla por encima. Pues bien, de ahí surgió el «bajorrealismo», toda una corriente artística —que asoma en un par de ocasiones en *Tiempo de silencio*— que ahora sería incapaz de definir porque, para bien de todos, no dejó monumentos perdurables aun cuando guardo en la memoria buen número de páginas dictadas por el credo bajorrealista. Como todo movimiento de grandes vuelos debía empezar por un manifiesto pero consideramos que debía ser precedido por unas pocas obras capitales que sacudieran al público de su sopor; como no conseguimos sacar a la luz tales obras tampoco nos esforzamos en redactar el Manifiesto que debía abusar de un estilo manifiestamente repetitivo y atosigante que muchos años más tarde, a mi parecer, sería recogido en el *Libro rojo* de Mao.

La noche del sábado comenzaba después de cenar en el Café de Gijón o en cualquier otro establecimiento del barrio, igualmente equidistante de nuestros domicilios, que no echara el cierre antes de las dos de la madrugada. En las dos o tres horas de café la conversación era obligadamente culta, ico-

noclasta y acalorada. Así pues a la mesa se sumaba todo aquél que lo considerase conveniente y siempre que fuera culto, iconoclasta y acalorado. Una hora antes de que se echara el cierre acudía —siempre de prisa y procedente de lugares ocultos— José Suárez Carreño que como había publicado dos volúmenes de versos en la colección Adonais, *Edad de hombre* y *La tierra amenazada*, se le conocía en todos los medios por el «Macho amenazado». Entonces no se empleaba como ahora el término Macho como apelativo coloquial —o al menos en nuestro medio— y cuando así le llamábamos éramos muy conscientes de estar utilizando la mayúscula. Ferlosio recuerda que estuvo a punto de morir aplastado por un taxi al quedar petrificado en medio de la calzada a causa de una advertencia que Pepín Vidal dirigió al Macho en plena calle



Charles de Gaulle

de Alcalá: «Mira, Macho, el ser que a nosotros nos interesa no es el ser de la axiología.» ¿Quería dar a entender tal vez que no se debían rehuir los lugares menos recomendables? Sin embargo era norma no acudir al burdel los sábados por la noche, aun en casos de extrema necesidad. Estaban demasiado llenos y a ciertas horas era preciso hacer colas y como dice D.^a Luisa en *Tiempo de silencio* era impropio de nosotros. Ya había comenzado a ejercer su influencia el *Ulises* de Joyce en edición argentina y aquél que se considerase llamado a recoger la antorcha de la vanguardia literaria no podía negarse a tomar parte en una noche sabática —«iluminada de alcohol y axilas»— al estilo de Mabbot Street. Tanto Luis como Pepín Vidal habían roto muy recientemente sus fuertes vínculos con la doctrina cristiana (al parecer el segundo había sido secretario privado del padre Escrivá) y se veían obligados a hacer chistes sobre el pecado y la castidad para cubrir lo que todavía tenía algo de desafuero para ellos. Así que, por añadidura, la cobertura literaria no sería utilizada tan sólo como un pretexto. Entre los diversos (y algunos disparatados, por demasiado canónicos) dogmas literarios que a sí mismos se había dictado Luis, consistía uno en creer que toda obra literaria de envergadura debía incluir, y a poder ser en su parte central, una Walpurgisnacht. Por más que

yo tratara de refutar esa necesidad y le instara a enumerar más de dos obras que tuvieran una Walpurgisnacht, Luis se refugiaba en la doctrina de que toda obra tenía, aunque fuera disimulada y poco perceptible para el lector superficial, una Walpurgisnacht. Así pues constituía un deporte buscar la Walpurgisnacht en los textos más insólitos —no ya de la literatura sino de la historia, de la filosofía y hasta de la ciencia— y el día que le comuniqué, torpe de mí, que había descubierto una Walpurgisnacht, taimadamente disimulada, en el mismo corazón de *Moby Dick*, la doctrina quedó confirmada para siempre, fuera del alcance de toda investigación erudita. No será de extrañar, por consiguiente, que la Walpurgisnacht asome en la parte central de *Tiempo de silencio* en forma de dos escenas, de unas veinte páginas de longitud en total, que la censura tuvo a bien suprimir en la edición de 1962 y que supongo que en las posteriores han sido restablecidas. Tal importancia concedía Luis a esas páginas —pues sin ellas la novela carecía de Walpurgisnacht— que cuando me envió el libro lo acompañó de sus copias al carbón, con indicaciones precisas sobre los puntos donde debían ser intercalados los diversos párrafos, a fin de dejar bien patente su fidelidad a la doctrina juvenil y la importancia que seguía concediendo a la Walpurgisnacht para la composición y armonía del conjunto.

Las escenas se desarrollan en el burdel de doña Luisa, en obediencia al canon impuesto por Mabbot Street y en recuerdo, sin duda, de las numerosas catoblepas que allí tuvieron lugar. En el barrio más próximo a la pensión de Luis, entre las calles Barquillo y Hortaleza por un lado, y Reina y Pelayo por otro, existían numerosos burdeles para toda la escala social; desde los más lujosos y reservados hasta los más populares y así los precios de la ficha cubrían un espectro que iba de las 25 a las 500 pesetas. En uno, digamos, de la clase media Luis había echado raíces, teñidas de color oro viejo. Era una mujer madura, de una edad indefinible sobre todo para el joven que al no haberla atravesado se rige con respecto a ella por similitudes, si es magnánimo, o con cierta impertinencia si pretende hacerse el fuerte; con aquella mujer éramos magnánimos, como lo era ella con Luis que por mucho que le tentaran las nuevas adquisiciones de la casa —más jóvenes, más atractivas, más atrevidas— siempre terminaba en brazos de ella, llevado por una fidelidad de difícil definición, como si incluso en el gesto más desvergonzado hubiera de prevalecer la obediencia al compromiso, la constancia, la abnegación de un caballero. La llamábamos «la vieja Norton» —cosa que a ella le hacía gracia— por aplicación del nombre de la protagonista de un cuento que por entonces había escrito Luis, titulado «Orestes», en el cual una vieja ramera se dejaba estrangular por su hijo para que alcanzara la categoría de huérfano. La vieja Norton era una institución en el local y dada su larga amistad con la gobernadora del mismo, con frecuencia nos introducía en las habitaciones reservadas a la tripulación donde más de una vez sostuvimos con las chicas, en sus horas de ocio, largas veladas literarias en torno a una mesa camilla y un par de botellas de vino o coñac barato. La gobernadora, que asomará en las páginas de *Tiempo de silencio* con el nombre de doña Luisa, tenía

ciertas pretensiones y no ponía reparos a las disertaciones que prodigábamos mientras las chicas cosían, jugaban al naípe, escuchaban el serial o leían literatura de género, no tanto para elevar el nivel cultural del medio cuanto para contar con un público respetuoso y calibrar los efectos de nuestra retórica sobre el pueblo llano. Por aquel entonces, los años 1948 y 1949, Luis —como decía— estaba introduciendo muchos cambios en su vida —sans en avoir l'air— y el que impondría un giro copernicano a su estilo literario no sería el menor; pero no por ello se desentendería de buenas a primeras de su inmediata producción anterior, una de las cuales —que estaba concluyendo cuando le conocí— consistía en un interminable y farragoso poema épico titulado «Las voces», saturado de reminiscencias helénicas, escrito en unas hojas amarillas del tamaño de fichas de archivo totalmente ocupadas por los alejandrinos y que en ocasiones se echaba al bolsillo para rellenar algún hueco de la noche, y cuyos ecos podrá advertir el lector entre las páginas de la Walpurgisnacht que tiene lugar en casa de doña Luisa. De manera inesperada un día apareció en el local una joven malagueña de impresionante estampa —creo recordar que se hacía llamar Tona— que no tuvo que hacer el menor esfuerzo para dejarnos con la boca abierta y traspuestos los plexos. Nuestras visitas se hicieron más frecuentes y —como es fácil suponer— más privadas y subrepticias, más atentas al provecho propio que al solaz general; por lo cual no era raro que nos topásemos en el local de manera casual, cada cual por su lado, exagerando excusas y pretextos para justificar recíprocamente una presencia que el otro no podía sino observar con recelo, atesorando para sí todos los reproches a la traición y sin parar mientes al propio desacato. La bella Tona pudo provocar el cisma pero en el momento en que las acusaciones a punto estaban de invadir el terreno del gusto literario, desapareció. Verdaderamente era inexplicable que hubiera permanecido tantas semanas en aquel local de medio pelo. Su búsqueda nos unió de nuevo, viniendo a añadir un pretexto más a la peregrinación nocturna por lugares poco recomendables. «¿Dudosa?» había de preguntar una noche Gallego-Díaz al portero de los «bajos del Albéniz» cuando le advirtió de la prohibición —formalmente anunciada en una placa de esmalte— de entrar en la sala con personas de reputación dudosa: «¿Es que no tiene usted ojos en la cara para cerciorarse de qué viven estas señoritas?»

Luis era un experto bailarín; un bailón, que entonces se decía. No se recataba de confesar que años atrás había asistido a un curso en una academia de baile —cosa que nadie nos habíamos atrevido a hacer jamás— y presumía de que su manera de marcar el vals no tenía par en nuestra generación. A mayores, en cualquier momento podía dar el giro a la izquierda, si la señorita era de tobillo fino y se dejaba llevar, y no se recataba de demostrarlo en la pista mientras los amigos le observábamos acodados en la barra; o más bien mientras observábamos la hilera de botellas, para no ver. Pues a pesar de estar abocados al baile como a una de las pocas diversiones nocturnas, nuestra generación —a causa de los pasos de moda o tal vez por su propia pesadez— no hizo grandes proezas con los pies; eso era patrimonio de los que hicieron

la guerra y que recuperarían los que vinieron después, una vez arrinconado el agarrado. Había dos clases de locales para bailar: los golfos y los no golfos, marcados ambos por la profesión de su público femenino, aunque algunos —señalados por su lujo suntuario— podían situarse en la transición con afluencia de dos clases de público según las horas. Entre los golfos merecen destacarse Pasapoga, Casablanca, J'Hay, Conga y, sobre todo, el Tarzán, el más golfo de todos, que había trocado su nombre de antes de la guerra, Satán, por estotro dictado por la pudibundez eclesiástica y que le permitía salvar las dos últimas letras del neón y conservar su terrible decoración de grutas y estalactitas capitosamente iluminadas por opalinas luces rojas y moradas. Hacía falta valor para entrar en Tarzán en los años cuarenta; valor, desprecio a la integridad física y cierto aplomo para mantener el tipo entre la parroquia del local, tenazmente afincada, por encima de los avatares de la guerra y su secuela, en la estética del baile apache. Pues bien, en aquel local (donde meses antes a un amigo mío le reventaron un riñón con una silla) Luis Martín-Santos tuvo a bien marcarse un vals con una parroquiana, sin duda al tiempo que le hablaba de la epojé para justificar su presencia en el lugar.

Cuando ya desesperábamos de volverla a ver, un día uno del grupo —no me extrañaría que fuera Alberto Machimbarrrena— dio con la Tona en un local de cierto prestigio. Naturalmente había sido retirada y ya no se codeaba con cualquiera. Al parecer se acordaba de nosotros y a pesar de haber dado un importante salto en la escala social lamentaba, sobre todo en los fines de semana, haberse visto obligada a cancelar nuestro trato. Vivía en unión de tres o cuatro compañeras en un piso no lejos de la calle Máiquez que funcionaba como un serrallo bilbaíno. Unos señoritos industriales de Bilbao las tenían allí retiradas, con prohibición expresa de alternar, y solamente las más atrevidas se decidían a romper las cláusulas del contrato durante los interminables fines de semana en que los señoritos de Bilbao se veían obligados a atender a la familia y los compromisos sociales en Algorta. Los señoritos de Bilbao, reunidos en forma de sindicato, mantenían su serrallo de Madrid con el mismo sentido de dominio y exclusividad con que arrendaban en tierras de Palencia un monte de caza y por lo mismo que no llamaban desde el bar del Carlton al corzo o al jabalí para advertirles que al día siguiente iban a la finca a pegarles un tiro, tampoco avisaban a las chicas de la calle Máiquez para anunciarles que acudirían en pocas horas a cometer adulterio. Así que las chicas vivían en permanente espera y estado de zozobra, tan sólo suspendido cuando el señorito de Bilbao dormía en la casa. Sin duda una manera de amar —y no de las menos sublimes— tiene su origen en la suspensión del temor. Pero afortunadamente el piso, con suelo de tarima y un salón de balcones a la calle, contaba con escalera de servicio y aun cuando las carreras de quienes nos permitíamos retirar los intereses intercalarios del capital bilbaíno a la fuerza tenían que ser precipitadas,¹ siempre encontramos expedita nuestra vía de es-

¹ Por más que las chicas instaran a sus amigos a hacer uso del timbre del portal jamás lo utilizaron y el único signo delator de su llegada residía en el ruido de la cancela del ascensor. Las veladas, por consiguiente, se de-

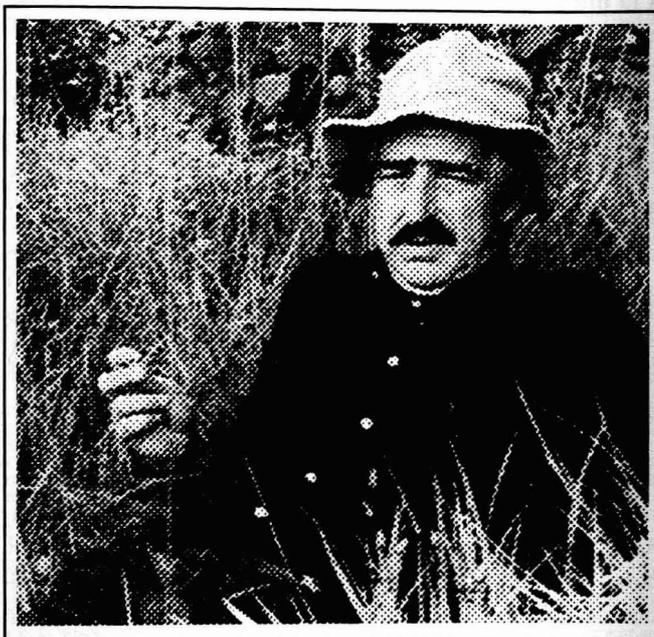


cape. Eso sí, más de una vez hubimos de prolongar la tertulia sobre los fríos peldaños de la escalera de servicio, en espera de que los señoritos de Bilbao, tras aparcar sus coches de matrículas de Bilbao, concluyesen sus consumiciones en el bar de enfrente. (En aquella época, la levítica sociedad industrial bilbaína no perdonaba el pecado de la carne en tanto que toleraba —y aun se enorgullecía de ella— la afición de su hombre de pro al alcohol; en contraste, la levítica sociedad industrial barcelonesa no toleraba que su hombre de pro gozase con la afición al frasco en tanto que veía con buenos ojos que tuviese cuando menos una querida. Y ambos hombres de pro acudían a Madrid a satisfacer los placeres prohibidos en su tierra. Nunca he comprendido por qué razón tenían que coincidir en el centro y no buscaron un enlace directo y recíproco, que les habría granjeado grandes simpatías en Bilbao y Barcelona y tal vez hubiera servido ulteriormente para suavizar el mapa de las autonomías.)

Un punto equidistante de nuestros domicilios y muy cómodo para concertar una cita de hora fluida era la desaparecida librería Bucholz donde el viejo Karl —una cabeza blanca y leonada, en la línea de la tradición de Schopenhauer-Einstein— siempre nos tenía reservada alguna sorpresa bibliográfica, amén de cedernos la escalerilla para husmear en las estanterías superiores. Una habitación aneja, que cuando la librería incrementó de fondo fue ocupada también por las estanterías, se destinaba a sala de exposiciones y allí se exhibían obras de autores poco conocidos y avanzados, la mayoría de apellido alemán. Creo que fue en aquella sala donde contemplé por primera vez los no tímidos avances de los no figurativos madrileños. Una tarde permanecimos Luis y yo un buen rato perplejos ante una tela que en la novela será calificada de expresionista. «El pintor alemán era alto y delgado —hético— y gozaba de una barba rubia en puntita.» A pesar de que el cuadro, como se dice pocas páginas después, era «realmente muy malo» nos debió llamar la atención pues el autor nos abordó para inquirir nuestra opinión. «El argumento de la composición consistía en una gran muchedumbre de seres aparentemente humanos, pero más bien formiciformes de tamaño muy inferior al normal.» Hablaba aceptablemente el español pero en lugar de bueno decía «bono» y con ese nombre se incorporó a numerosas catoblepas. Apenas había cumplido veinte años y firmaba sus telas con el nombre de StephanE, con mayúscula al final. En realidad se llamaba nada menos que Eberhard Stephan Messerschmidt y era sobrino del famoso constructor de aviones, noticia que ocultaba con todo rigor excepto en su tarjeta de presentación, de un tamaño bastante mayor que lo normal para dar cabida a tanta letra. El otro extranjero era Ben Rekens, el conocido

sarrollaban bajo la amenaza del ruido del ascensor que suspendía todas las conversaciones y aguzaba todos los oídos y la paz sólo volvería cuando el ligero clic de la rodela anunciaba que el aparato seguía hacia más arriba. Situación muy parecida a la que vivieron numerosas familias de Madrid durante la guerra, tanto por las visitas nocturnas como por los bombardeos. Pero en cuanto el ascensor se detenía y la cancela chirriaba, el piso se llenaba de susurros y sordas carreras, «¡Los de Bilbao, los de Bilbao! ¡que vienen los de Bilbao!» Todavía veo a Luis recogiendo con parsimonia las cartulinas amarillas de «Las voces» en tanto el timbre de la puerta resuena por todo el piso con furia, por tercera vez.

humanista holandés, que había venido a Madrid a pasar un invierno para, de la mano de Rodríguez-Moñino, recoger datos en los archivos españoles para su tesis sobre Arias Montano. Ben decía a todo que sí, se apuntaba a todas las rondas y pasaba por alto buen número de las cosas chocantes con que la sórdida España de entonces podía sorprender a un holandés de la clase decente, educado en el sistema Mondadori. Pero había dos cosas por las que no podía pasar: la fritura del aceite de oliva y nuestro escaso sentido de la predestinación. Como hombre salido de una sólida sociedad luterana tenía siempre presente el sentido de la predestinación y no podía comprender que al salir de casa, el sábado por la noche, no tuviéramos presente el sentido de la predestinación. Si a mayores la noche comenzaba pronto y teníamos la desa-

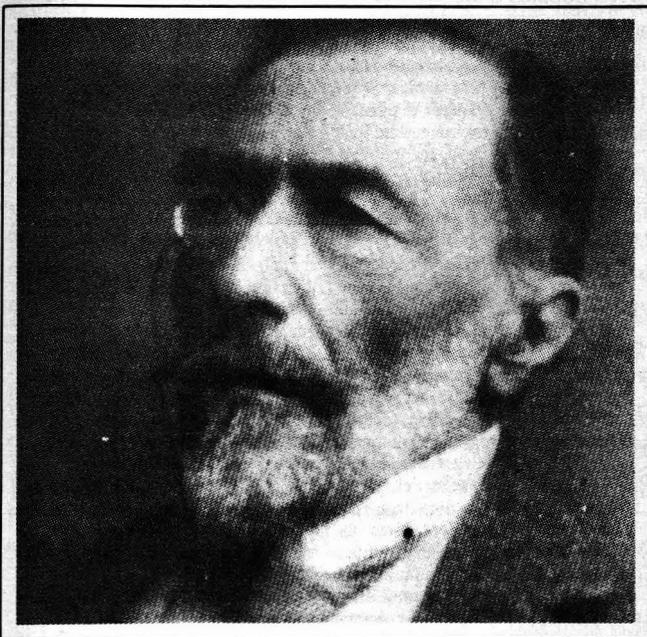


Juan Benet

fortunada idea de hacer un alto, para reponer fuerzas, en algún local saturado por el humo del aceite frito, Ben podía llegar a perder su flema, cosa que no le ocurría en su apartamento de Keizersgracht, a donde muchos le fuimos a visitar y pasar unas vacaciones en el verano. «Ben ¿qué son esas voces que se oyen no lejos de aquí?» Pero puesto que en Amsterdam no existía el olor a aceite frito, no tenía por qué perder la flema; ni siquiera la noche del sábado: «Oh, no hay por qué preocuparse puesto que hoy es sábado. Son tan sólo borrachos que caen al canal.» «¿Y se ahogan?» «Oh, sí, la mayoría de ellos.»

Una tarde de primavera me dijo Luis que quería presentarme a una joven que había conocido en el departamento de psiquiatría del Hospital General, que dirigía López Ibor, y en el que trabajaba como enfermera. Se llamaba Rocío y mi presencia era requerida para acompañar a su hermana que como todavía estaba en edad colegial se aburría mucho y necesitaba distracción. La primera vez que vi a Solange vestía uno de esos uniformes azul marino con falda plisada y cuello blanco, propio de los colegios de monjas y que —me parece— no tardó una semana en arrojarlo para siempre al cajón de los desechos. En la segunda ocasión, con jersey negro de cuello

vuelto, largo hasta las caderas, falda lisa y zapato de medio tacón, era una criatura deslumbrante. Rocío entró en tromba en la vida de Luis y a la vuelta de un verano que él pasó en Heidelberg, para perfeccionar su rudimentario alemán, ya eran novios por lo que las catoblepas poco a poco fueron cambiando de carácter. Dejamos de frecuentar los locales golfos para ser más asiduos de los no-golfos —La Red, Castelló, Prim, la parrilla del Rex— donde las chicas se sentían más a gusto, agradecidas por cierta sensación de seguridad adicional cuando el maître les conducía a la mesa de costumbre. Casi todos los maîtres de Madrid habían militado en la CNT y combatido en un batallón de camareros en la Ciudad Universitaria y cuando a altas horas de la madrugada, ya cerrada el local, despachada la clientela y retirados los camareros,



Joseph Conrad

realizado el arqueo y colocadas las sillas sobre las mesas en espera de la llegada de las mujeres de la limpieza, corría una última ronda a cuenta de la casa y se evocaba la epopeya del puente de los Franceses, el maître —situado detrás de la barra como en sus años mozos— apenas podía retener las lágrimas. «El tiempo es vuestro, hay que aprovechar la juventud», era la frase preferida de los maîtres que tanto enternecía a las chicas, recién salidas de la Asunción.

Eran los últimos días de la vida de Luis como cirujano en prácticas en el Hospital General, una profesión a la que le había destinado su padre y que estaba decidido a no seguir. Pero para abandonarla necesitaba un triunfo en otro campo, a fin de justificar el traslado a los ojos de su padre, una vez que la continuidad de la «Clínica Martín-Santos», en el alto de Eguía estaba garantizada por la decidida vocación de su hermano Leandro hacia la traumatología. No son necesarias muchas razones para explicar su derivación profesional hacia la psiquiatría, que por su contenido intelectual y sus posibilidades especulativas la hacían más interesante que cualquier otra rama de la medicina, y si no existieran otras bastaría ésta. Pero a mayores existían otras que no voy a silenciar: en San Sebastián, en los años de bachillerato, había conoci-

do Luis a Félix Letemendía, un joven de humilde extracción que por su propio esfuerzo había alcanzado las cotas más elevadas de la educación, incluyendo la literaria. Félix, a quien yo conocí poco, era un personaje singular con ciertos rasgos de dandy; desde su primera juventud se había trazado un camino y una meta y con el propósito de irse a vivir cuanto antes a Inglaterra y convertirse en ciudadano británico, aprendió un inglés perfecto con sólo aplicar el oído a las emisiones de la BBC; estudió medicina, se especializó en psiquiatría, se casó con una joven británica y se estableció en Banbury, cerca de Oxford. En los años inmediatamente anteriores a mi amistad ejerció sobre Luis una influencia notable y curiosa; porque Luis —con todo lo que sobre él se ha dicho posteriormente, sobre su arrogancia intelectual, su afición al elitismo y cierta proclividad hacia el poder— era una personalidad enormemente impresionable y ahora mismo podría nombrar tres o cuatro personas de su generación —no viejos maestros— que ejercieron sobre él un influjo decisivo. Uno de ellos sin duda, fue Félix Letemendía que tenía bien aprendido el papel de seductor. El joven de holgada posición, carrera brillante y porvenir asegurado —pero de maneras provincianas— tomaría como modelo a aquel otro tan sólo dotado por la naturaleza pero al que la sociedad, por el momento, no le ofrecía nada. A su influencia, sin duda, se vino a añadir la del Dr. Castilla del Pino, a quien conoció Luis en 1947 y cuya vocación por la psiquiatría e inequívoca y plena dedicación a la misma debieron despertar en aquél la más inquietante envidia, cuando la suya propia no pasaba de ser una poco menos que inconfesable y clandestina tendencia de su espíritu. Y por último estaba el problema de su madre que, aquejada de una dolencia incurable, periódicamente había de ser sometida a curas y prácticas de una medicina rutinaria, incapaz de sanear y aún inspeccionar la insondable sima de aquel alma enferma.

Al decir de los que le conocieron y podían juzgarle en ese campo, con la misma avidez que en aquellos años decisivos quiso asimilar la literatura del siglo XX y superar un cierto atraso achacable a su buena conducta como colegial, intentó ponerse al día en su nuevo campo profesional. Hombre ordenado tenía que empezar por el principio y el principio era Dilthey, el padre del historicismo filosófico y uno de los mayores responsables tanto de la «realidad existencial» como lienzo donde se representa toda vida cuanto de la psicología como campo dentro del cual queda encerrada hasta la ontología. Afortunadamente tenía a su alcance la edición de las obras completas de Dilthey que el FCE había lanzado a mediados de los 40 de la mano de Imaz, Gaos y Roces pero para el siguiente paso —Heidegger y Jaspers en el campo de la filosofía, Biswanger, Schneider, von Weizsäcker, Bleuler y tantos otros, en el campo de la psiquiatría— tenía que aprender alemán y hacia el alemán se lanzó sin otra ayuda que sus codos y un breve paso por Heidelberg. El lector curioso o el implacable filólogo de la novela de la posguerra podrán comprobar el resultado de aquella avidez con sólo consultar las páginas de bibliografía de su tesis doctoral publicada en 1955, *Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental*, en la que un par de referencias francesas y españolas, como los se-

guidores de un club en un lejano, populoso y vociferante estadio, a duras penas logran que se distingan los colores de la cultura latina entre las atiborradas gradas ocupadas por los Erlebnis, Aufgabe, Verstehen y Wesen.

La baza que necesitaba Luis para el abandono formal de la cirugía se presentó en forma de unas oposiciones a la dirección del Hospital Psiquiátrico —o como se llamara— de Ciudad Real, que preparó con sumo cuidado y que naturalmente ganó sin grandes dificultades, hacia 1950 o 1952, las fechas me bailan en la cabeza. Ocupó la plaza y se trasladó a Ciudad Real por espacio de unos meses, menos de un año si no recuerdo mal. Nunca llegó a poner casa en Ciudad Real, a donde se trasladaba de martes a viernes, para pasar —en ocasiones al viejo estilo— los fines de semana en Madrid; su



José Ortega y Gasset

proyecto a largo plazo consistía en ir ganando oposiciones y traslados más o menos perimetrales para terminar en pocos años en Madrid y abrir aquí una consulta, a poder ser con una sólida apoyatura académica. Y en cuanto la plaza reuniera unas condiciones satisfactorias, casarse con Rocío. Rocío tenía prisa por contraer matrimonio, entre otras razones porque la situación en casa distaba mucho de ser armónica y placentera. Su padre, Adalbert Laffon, un gigante bretón con ciertas ideas legitimistas —ciertamente todo un carácter— había tenido algunos escauceos con el gobierno de Vichy a resultas de los cuales no podía volver a Francia si no se prestaba a un proceso de depuración, y de sus antiguos negocios sólo conservaba una explotación de ostras en la ría de Arosa y una casa en Carril. He ahí uno de esos recuerdos indelebles y apáticos, que la memoria atesora en obediencia a sus enigmáticas leyes; un recuerdo que apenas es nada, que no habla, que no sustenta un momento crucial y que cuando se reproduce no lo hace con fidelidad, como si con ello quisiera demostrar la fraudulenta versatilidad de la potencia encargada del resguardo de la experiencia. Es una habitación un tanto destartalada de techo bajo y suelo de tablón, muy com-bado, con sólidos muebles rústicos y algunas cartas e instru-

mentos náuticos; un ventanal corrido da al pequeño muelle. Una mujer de pueblo, vestida con sayas negras y botas de goma, ha traído una fuente de ostras y de una alacena Adalbert extrae una botella de Johnnie Walker sin abrir. Me pregunto ¿qué tendrá el Johnnie Walker que se graba de tal manera en la memoria? Hay unos pocos bañistas en la playa pero Adalbert no parece ni mucho atento a los placeres al aire libre. Padre de cuatro hijas, acostumbrado a mandar, no se atreve a poner de manifiesto las reservas que le despierta la entrada del primer varón en la familia. Por supuesto, sabe perfectamente lo que vale Luis, la suerte que tiene Rocío. «Shake the bottle before use», me dice antes de que yo desenrosque el tapón. Era un gran experto; por entonces se temían mucho las falsificaciones, sobre todo las de Johnnie Walker cuyas botellas eran abiertas por el culo con un diamante, para no violar el precinto, y rellenas con un licor de garrafa que al ser agitado no producía la alegre espuma del auténtico. Desde el muelle, Solange, con el pelo mojado y una toalla anudada a la cintura, me hace gestos de extrañeza, levantando la barbilla y los hombros como para preguntarme. ¿Qué haces ahí?, ¿por qué no bajas? Las hijas temían al padre que, en familia, debía hacer gala de un genio endiablado; yo le tenía afecto al viejo Adalbert —y él a mí, me parece— y no veía el menor inconveniente en liquidar en su compañía una botella de Johnnie Walker oyéndole echar pestes de la IV República y del general De Gaulle. Hablamos del próximo matrimonio; a la fuerza tenía que respetar a Luis, estaba muy satisfecho del enlace de la mayor de sus hijas, pero como Solange, era incapaz de reprimir su afición al sarcasmo; y —qué duda cabe— no podía por menos de temer que con un hombre tan sólido y responsable en la familia, su posición —ya de por sí bastante desairada— habría de sufrir un serio retroceso. No se equivocaba el viejo Adalbert, sus recelos no eran infundados; al poco de la marcha de Rocío, el resto de la familia abandonó el soberbio piso de la plaza de las Cortes, hoy acondicionado para el descanso de Sus Señorías, donde se celebraron las últimas catoblepas de un cierto estilo y poco a poco las mujeres Laffon, cada cual por su lado, fueron buscando su acomodo lejos del temible bretón. En cuanto a Solange, sólo su historia requeriría un libro de varios cientos de páginas.

Cuando pienso en uno de los primeros capítulos de esa historia —no se inicia pero adquiere una viveza singular con unos gestos de impaciencia, sobre el muelle de Carril— tengo que reconocer hasta qué punto la memoria reconstruida, tras haber adquirido con la palabra escrita una forma definitiva —como un viejo y arruinado edificio costosamente modernizado, sobre el que ya no son posibles otras especulaciones—, se aleja implacablemente de los restos inconexos y dispersos incorporados a la nueva traza. Esa memoria es y será siempre un palimpsesto y cada nueva inscripción borra la anterior, y aun cuando la última no sea —y eso es más frecuente de lo que se confiesa— más que una invención destinada a adaptar el pasado a las predicciones del presente. En contraste con las múltiples y sincrónicas perspectivas que un artista puede ofrecer de un hecho cualquiera, la memoria sólo puede ofrecer una, como si una ley ética —que invalida muchos dog-

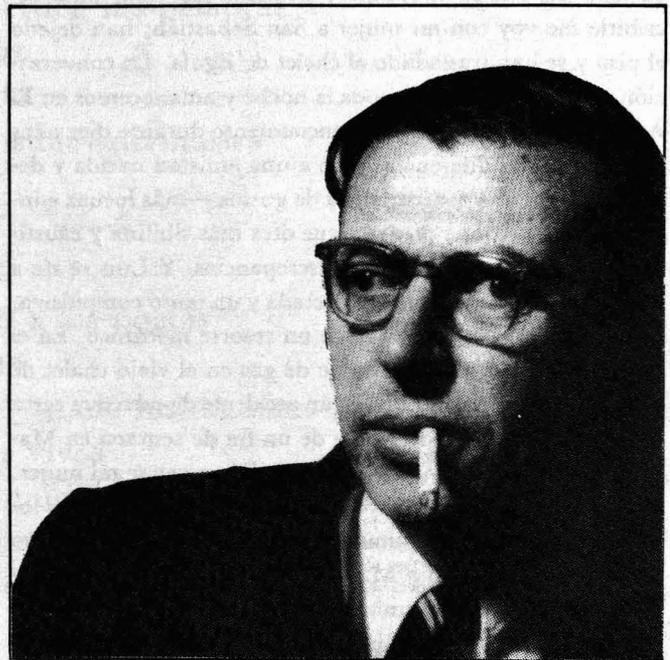
mas de la teoría del subconsciente— tan sólo le permitiese conservar la más conveniente, esto es, la última, como si una ley mecánica le advirtiese de la imposibilidad de cobijar dos o más sin el riesgo de destruir esa unidad móvil a través del tiempo que constituye la esencia de su temporalidad. La memoria es como una novela a la antigua, con un único argumento diacrónico, y el mejor procedimiento que el individuo ensaya para modernizarla, por así decirlo, consiste en desecharla como tal y aprovecharla para una serie de cuentos, con un único personaje central. Y bien, cuando recapitulo sobre los gestos de impaciencia de Solange en el muelle de Carril —seguramente porque se acaba la mañana y los planes se vienen abajo— o en el mudo gesto de Luis Martín-Santos con la mirada en el techo, mientras escuchamos un preludeo de J. S. Bach, para no denunciar con la expresión que las decisiones tomadas conducen inexorablemente a una nueva situación con la que concluirá su breve e intenso paso por Madrid, me digo que el espacio que dibuja la reviviscencia no es el que ocupa la memoria; que la más inesperada, involuntaria e impoluta inmersión en el recuerdo no alcanza nunca el fondo en sombras donde reside el tantálico tesoro que ésta cobija; que memoria y recuerdo son dos cosas distintas y que la exploración sólo conduce al dramático atisbo de un dominio propio sumergido, del que casi todo lo que aflora es falso; porque lo verdadero pertenece a otro y una fotografía no es una reproducción sino la acción devastadora de cada día; pues todas las fotografías están tomadas por la muerte.

Estando a caballo entre Madrid y Ciudad Real fueron convocadas las oposiciones para proveer la plaza de director del Hospital Psiquiátrico de San Sebastián, ocupada hasta entonces en interinidad por un médico local. Aquella convocatoria tendría en la vida de Luis una importancia decisiva, tan decisiva como para ver en ella una orden del más allá, cerrada y lacrada, con todos los sellos del destino. Cuando la vida de un individuo, muerto prematuramente en el momento en que más se podía esperar de él, colocado en una situación bien definida tras haber superado las indecisiones de la primera juventud y dueño de unas facultades tales como para abordar su futuro con plenas garantías de éxito, se retrotrae a ese momento a partir del cual inicia una trayectoria que inesperadamente conduce a su muerte, siempre es posible encontrar aquel incidente, en su día poco menos que intrascendente, que le impulsará a recorrer el último tramo de su vida —de manera casi rectilínea— y al que se suele atribuir todo el poder oculto del destino. Esa vida será como un río que alimentado en su cabecera por diversos manantiales y corrientes sólo a partir de un punto cobra su nombre y naturaleza que ya no perderá hasta verter en el mar; el punto donde el hombre cobra su plena identidad y pujanza adquiere un carácter trágico cuando contra toda expectativa la muerte está próxima a él; se diría que es él el que fuerza el camino que lleva a la muerte. Y que sin su intervención, la vida del héroe sin haber desmerecido en nada podría haber sido más prolongada.

Luis se preparó concienzudamente para aquellas oposiciones en las que, si no recuerdo mal, no tuvo otro rival que el director interino del establecimiento, un buen hombre, bien conocido y querido en San Sebastián, que llevaba muchos

años ejerciendo una psiquiatría practicona a base de píldoras y curas de sueño. Luis, con su moderna artillería de procedencia alemana, lo barrió sin ninguna clase de misericordia y ganó la plaza que le sacaría de Ciudad Real para llevarle a San Sebastián, montado sobre los éxitos. «Pero el destino hace trampas, como astuto jugador», solía cantar mi tía Flora junto a mi lecho de niño enfermo.

No era lo que meses atrás tenía pensado Luis sobre su propia carrera —con un no lejano futuro puesto en Madrid— pero la inesperada oportunidad de San Sebastián era demasiado tentadora como para dejarla escapar. Resolvía de entrada muchos problemas —el de sus padres, entre otros— y, conocedor del medio, sabía que ofrecía mejores posibilidades que cualquier otra de provincias. Pocos meses después



Jean-Paul Sartre

Rocío y Luis se unían en matrimonio en la consabida iglesia de los Jerónimos y tras un viaje de novios —creo que por Italia— y una breve estancia en el chalet que el viejo doctor poseía en el alto de Eguía, alquilaron un ático con vistas a la Avenida.

Antes de tomar posesión de su nuevo puesto de director del Psiquiátrico el destino dio su primer aldabonazo para advertir que aquel camino anunciado con tan buenos augurios no sería sólo de rosas; su antecesor en el puesto —aquel buen hombre derrotado en las oposiciones— se ahorcó en una dependencia del hospital, lo que —aparte del efecto que produjo sobre su sucesor— no facilitaría nada la entrada de Luis en la levítica sociedad de San Sebastián. A partir de su boda nos separamos; un año después yo terminé la carrera y me fui a vivir al Noroeste. Tras un lustro de vernos casi a diario pasamos a vernos tres o cuatro veces al año. Y el siguiente decenio se reduce y compacta en torno a cuatro o seis escenas, casi se diría que escogidas por un guionista cinematográfico para resumir una biografía con un número limitado de secuencias aceleradas: un viaje a San Sebastián, en compañía de Alberto Machimbarrena, Vicente Girbau y Luis

Peña, una comida en Amasa con Luis, una detención en Pamplona y una vuelta a Madrid, a la DGS, todos detenidos por conspirar contra Blas Pérez. Era el año 1955 y como consecuencia de esa detención no sólo Luis empieza a ser mirado de otra manera en San Sebastián sino que decide entrar en relaciones con el PSOE, a través de Múgica y Amat. Una visita a Carabanchel y una conversación en el locutorio sobre la novela epistolar. Una semana de excursión por el país vasco-francés, allá por el 58, cuando Luis me explica su teoría del complejo de Ramuntxo. Y de repente los acontecimientos se precipitan, también de manera cinematográfica; yo le envío mi primer libro a finales del 61, desde Oviedo, a lo que replica con una carta de cuatro folios sin márgenes y a simple espacio, tal como escribía en su época de Madrid. En el 62 aparece *Tiempo de silencio* y no teniendo valor para escribirle me voy con mi mujer a San Sebastián; han dejado el piso y se han trasladado al chalet de Eguía. La conversación se prolonga durante toda la noche y amanecemos en El Antiguo. Me temo que el distanciamiento durante diez años ha marcado las diferencias pero a una amistad nacida y desarrollada en una concordancia de gustos —más locuaz e ingenua que cualquier otra— sigue otra más sibilina y cáustica, que sabe recrearse en las discrepancias. Y Luis se ríe a su manera de siempre, nada afectada y un tanto compulsiva, como liberado por la acción de un resorte mecánico. En el 63 muere Rocío, por un escape de gas en el viejo chalet de Eguía. En el 64 muere Luis, en un accidente de carretera cerca de Vitoria, un lunes de vuelta de un fin de semana en Madrid. El sábado anterior habíamos salido a cenar mi mujer, los Caneja, Luis Solana y yo cuando en un disco rojo nos topamos con Luis y un amigo donostiarra —a quien yo no conocía— que venían a Madrid desde Salamanca; Luis había ido allí a respirar ambiente y recoger detalles sobre los lugares de su época de estudiante de medicina, que necesitaba para su próxima novela *Tiempo de destrucción* que aquella noche nos explicó de manera muy sumaria. Fuimos a cenar todos a la taberna de la calle del León, que entonces se frecuentaba mucho, y tras la cena pretendieron arrastrarnos a una noche de farra. Los madrileños rehusamos y mi mujer invitó a Luis a comer al día siguiente, domingo, en compañía de mi madre. Pero Luis no compareció. Al martes siguiente me llamó Caneja a la oficina —bastante temprano— para darme la noticia que había salido en el periódico. Todo fue un soplo.

En una reciente conferencia pronunciada en Granada para evocar la figura de Luis Martín-Santos, el doctor Castilla del Pino afirma que «el discurso literario es uno de los más complicados que puede realizar el ser humano» y de ahí que le parezca fascinante —sin duda por su condición de médico del alma— el intento de explicar la relación entre el texto literario y el autor. No comparto la fascinación del célebre doctor cordobés porque en principio la vida de un autor no me interesa —como no me interesa la de un dentista, pongo por caso— a menos que haya algo en ella que la haga interesante. Pero ese algo no ha de ser su obra. A la hora de disfrutar de una obra literaria —que es lo que me importa— hago todo

lo posible por romper los vínculos que le unen a su autor pues los datos que pueda suministrarme la investigación de esas relaciones poco pueden aportar a lo que yo ando buscando. Lo mejor que puede conseguir tal investigación es oscurecer esos datos, pues si los aclara corre el riesgo de vulnerar la independencia de la obra, en cuanto unidad aislada en el mundo del espíritu, para vincularla y someterla a las leyes de orden universal que lo rigen. Bien sé que la explicación de todo ello exigiría un tratado, creo que de orden lógico, que no estoy dispuesto a abordar por el momento.

Uno de los pasajes más comentados por la crítica de *Tiempo de silencio* es el relativo a la cáustica referencia que en la novela se hace de la figura de Ortega y, más en concreto, de la conferencia que el filósofo pronunció en el otoño de 1949, en el cine Barceló —hoy convertido en discoteca— dentro del ciclo «El hombre y la gente». En la conferencia antes citada el doctor Castilla del Pino sugiere que el sarcasmo de Martín-Santos no es sino una forma que adopta el deseo de asesinar al padre (espiritual, se entiende) que el hijo incuba para librarse de la sumisión a sus mayores y poder ser lo que quiere ser. Una explicación freudiana, al cien por cien. A aquella conferencia de Ortega asistimos, si no recuerdo mal, Rocío, Luis y yo, en unas localidades esquinadas del patio de butacas del Barceló; a la salida nos fuimos a cenar y durante toda la sobremesa, haciendo uso de la manzana, no hicimos otra cosa que remedar las frases, la voz, los gestos y la retórica de Ortega. El juego se prolongó durante meses y no había cena en que a los postres uno de los comensales no cogiera una manzana para repetir —de la forma más caricaturesca posible— la conferencia de Ortega. Fue durante meses un tópico tan repetido que para quien vivió aquellos días resultaría inexplicable que no fuera aprovechado por un autor dispuesto a dibujar en una novela el espíritu de la época.

Ni Martín-Santos era el hijo espiritual de Ortega ni sentía la menor necesidad de asesinar a un padre —cualquiera que fuera— para llegar a ser lo que quería ser. Está visto que sobre la obra de un hombre, a veces tan sólo sobre una frase suya, el hermeneuta es capaz de elaborar toda una teoría que trascienda a las propias intenciones del autor, e incluso a su propia conciencia, que se eleve por encima de ellas para ordenar su conducta con mandatos y leyes a las que supuestamente obedece toda la especie humana, que restituya el caos de la creación al orden de la ciencia. Todo creador puede y debe ser comprendido por el crítico aun a costa de obligarle a incorporarse a las filas de las que él mismo quiso evadirse con un gesto de rebeldía. Desde hace años, quizá un siglo, ese gesto es estéril. La más osada rebeldía, al menos en el mundo de la creación, es aceptada, asimilada y a la vuelta de pocos años convertida en canon. Pero en contrapartida el inventario de los cánones se ha multiplicado de tal manera que bien se puede decir que toda obra de creación de hoy es canónica. Y toda teoría crítica se agiganta. Por detrás —pero siempre por delante de ellos— veo ahora a Luis Martín-Santos, con su traje cruzado de color tabaco, volver la espalda a sus numerosos comentaristas como para preguntar ¿a dónde me llevan? ♦